

082. Los Mártires de Vietnam

El Papa Juan Pablo II iba a canonizar a 117 Mártires de Vietnam —la mayor canonización de la historia hasta entonces—, y se temía con razón que la ceremonia iba a resultar algo pobre, porque el gobierno vietnamita, comunista irreductible, había negado la salida a cualquier peregrino: no podía haber católicos de Vietnam en esa celebración de Roma. Pero las cosas resultaron al revés del todo. Se veían caras vietnamitas por todas partes, sin que nadie supiera cómo se las habían arreglado aquellos valientes católicos para asistir a la glorificación de sus antecesores en la fe, que tan gloriosamente habían derramado la sangre por Jesucristo a mediados de los siglos dieciocho y diecinueve.

En la lista de los que el Papa colocaba en los altares no estaban todos los mártires de Vietnam, ni mucho menos. Las persecuciones contra los cristianos habían causado decenas de miles de mártires. Fueron sometidos a riguroso proceso para la glorificación por la Iglesia más de 1700. Al fin se redujeron a los 117 Mártires que hoy lucían en la fachada de la Basílica Vaticana. Entre ellos, once misioneros españoles, diez franceses, treinta y siete sacerdotes nativos de Vietnam y cincuenta y nueve laicos, hombres y mujeres de familia, cuyos nietos o biznietos llenaban de colorido oriental en este día la Plaza de San Pedro y las calles de Roma. Los Misioneros eran sobre todo Dominicos o miembros de las Misiones Extranjeras de París.

Las persecuciones de Vietnam se caracterizaron por una crueldad que parece legendaria. La Iglesia Católica había arraigado fuertemente en los reinos de Tonkin e Indochina, hoy reunidos en la República del Vietnam. Sus reyes bailaban al compás de los consejeros, que recelaban de la pureza de la religión católica ante la corrupción que ellos vivían, como la poligamia y los negocios sucios. Las razones que presentaban a los diversos reyes que se sucedieron por aquellos años, eran siempre las mismas:

- *Está en peligro nuestra religión tradicional. O se toman medidas fuertes, o Confucio va a ser sustituido por ese Jesucristo que predicán esos extranjeros.*

- *¿Y los espíritus de nuestros antepasados? Están enojados, y por eso nos vienen estas calamidades. La culpa la tienen esos cristianos, a los cuales hay que hacer volver al buen camino...*

Como las amenazas no daban resultado, se iniciaron las terribles persecuciones. La orden fue tajante:

- *Todos los cristianos deben ser concentrados en las poblaciones no cristianas, las mujeres separadas de sus esposos y los niños de sus padres. Los pueblos cristianos deben ser destruidos, y sus propiedades distribuidas entre otros. Todo cristiano debe ser marcado en su frente con esta inscripción: Falsa religión.*

Los obispos, los misioneros, los sacerdotes fueron las víctimas más codiciadas. Encarcelados, las torturas eran inaguantables. Normalmente eran encerrados en una jaula estrecha, de la cual sólo salían para ser degollados públicamente después de recorrer entre insultos las calles atestadas de gente. Pero el espíritu de los confesores de la fe rayaba a la mayor altura. Hay que oír a los mismos mártires.

Santo Domingo Henares escribió a una sobrina suya, y le incluía en la carta una oración para que la rezara cada día por su tío: *Concede a mi tío la gracia de derramar su sangre y dar su vida por tu amor en testimonio de su fe.*

San José Fernández, con setenta y cinco años encima, paralítico de ambas manos y de medio cuerpo, es encerrado en la jaula y, metido en ella, es llevado de tribunal en tribunal entre insultos de los soldados y de la chusma, igual que Jesús en el día de su pasión.

San José Sanjurjo, escribía: *Estoy sin casa, sin libros, sin ropa. No tengo nada. Pero soy feliz por verme digno de parecerme un poco a Nuestro Señor, que dijo no tenía donde reclinar su cabeza.*

San Mateo Alonso, al recibir el indulto, mientras que su compañero San Francisco Gil resulta condenado, pide con enorme lealtad: *¿Qué es eso? ¿Indultado yo, y mi compañero condenado? Yo soy maestro de la religión cristiana como él. Por lo mismo, o nos libran a los dos, o a mí me matan con él.*

San Francisco Gil, ya había dado su gran testimonio. Como no lo encontraban, apresaron a varios cristianos que llevaban presos en un barco. Y se enfrenta con los guardianes, con un gesto igual que el de Jesús en el Huerto: *¿No me buscaban a mí? Pues, aquí estoy. ¡Y dejen libres a estos cristianos inocentes!*

San Teófilo Venard se muestra sereno ante lo que le espera, y escribe en una carta: *Se ha dado la orden de martirizar a todos los cristianos en una tortura lenta, cortándoles primero los pies hasta los tobillos; luego hasta las rodillas; luego los dedos, luego hasta los antebrazos y siguiendo de este modo hasta que no les quede más que un tronco enteramente mutilado.* Aunque los verdugos se contentaron con degollar a Teófilo después de horrible prisión.

Entre los Mártires canonizados no hay más que una mujer, **Santa Inés Lè Thi**, madre de seis hijos, a los que formó en una profunda piedad cristiana. Las mujeres no podían ser condenadas a muerte, pero Inés había cometido el gran delito de esconder a los misioneros perseguidos. Descubierta su traición, es apresada, torturada y metida en una cárcel horrible, donde muere a causa de increíbles sufrimientos.

Así eran aquellos mártires. Y así echaron los cimientos de la Iglesia Católica en esa querida y admirada nación del Asia, tan llena de esperanzas. Los cristianos católicos de hoy, en medio de la persecución comunista, han sabido mantenerse fieles a su fe, de modo que decía de ellos su Arzobispo y Cardenal José María Trinh: *La santidad resplandeciente de los cristianos laicos desempeña en la sociedad el papel de un puesto de radio o de televisión, y sustituye al periódico y a los libros, puesto que da testimonio de Cristo y de su Iglesia.*

¡Qué bien dicho! El cristiano vietnamita de hoy, descendiente de aquellos Mártires, es un aparato de radio, un televisor, un periódico, que van dando noticias de Jesucristo...